

La concepción de los todos y las partes en el autismo infantil temprano

Leo Kanner (Traducción de Nora Cecilia Carbone^{1*} y Gastón Pablo Piazzze¹)

¹Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata (UNLP, Argentina)

*Correspondencia: carbonenc@yahoo.com.ar

Recibido: 16 nov. 2022 | 1ra decisión: 30 dic. 2022 | Aceptado: 30 dic. 2022 | Publicado: 16 may. 2023

Resumen

Este artículo apareció por primera vez en 1951 en la revista *American Journal of Psychiatry* con el título de “The conception of wholes and parts in early infantile autism”. En 1973 se publicó en *Childhood psychosis: initial studies and new insights* (pp. 63-68), editado por V.H. Winston & Sons Inc., en la ciudad de Washington D.C. La presente traducción al español corresponde a esta última fuente y estuvo a cargo de Nora Carbone y Gastón Piazzè. Los autores de la misma obtuvieron el permiso correspondiente de carácter no exclusivo para esta publicación electrónica por parte de John Wiley & Sons.
Copyright © 1973 V. H. Winston & Sons Inc. Todos los derechos reservados.

Palabras clave: autismo, Kanner, invariabilidad.

A conceição dos todos e as partes no autismo na primeira infância

Resumo: Este artigo apareceu pela primeira vez em 1951 no *American Journal of Psychiatry* sob o título “The conception of wholes and parts in early infantile autism”. Em 1973 foi publicado em *Childhood psychosis: initial studies and new insights* (pp. 63-68), editado por V. H. Winston & Sons Inc., na cidade de Washington D. C. A presente tradução para o espanhol corresponde a esta última fonte, e foi realizada por Nora Carbone e Gastón Piazzè. Os autores do texto aqui apresentado obtiveram a permissão não exclusiva correspondente para esta publicação eletrônica da John Wiley & Sons.
Copyright © 1973 V. H. Winston & Sons Inc. Todos os direitos reservados.

Palavras-chave: autismo, Kanner, invariabilidade.

The conception of wholes and parts in early infantile autism

Abstract: This article first appeared in 1951 in the *American Journal of Psychiatry* under the title “The conception of wholes and parts in early infantile autism”. In 1973 it was published in *Childhood psychosis: initial studies and new insights* (pp. 63 - 68), edited by V. H. Winston & Sons Inc., in the city of Washington D.C. The present translation into Spanish corresponds to the latter source, and was carried out by Nora Carbone and Gastón Piazzè. These authors obtained the corresponding non-exclusive permission for this electronic publication from Wiley & Sons Inc.
Copyright © 1973 by V. H. Winston & Sons, Inc. All rights reserved.

Keywords: autism, Kanner, invariability.

Las peculiaridades del autismo infantil temprano y su estrecha relación con las esquizofrenias invita a un detallado estudio de los distintos rasgos de la enfermedad. Una investigación previa del habla en apariencia irrelevante y de los dichos metafóricos proporcionó material altamente instructivo. En el presente estudio se hace un intento por captar de qué manera ven el mundo estos pacientes en términos de la apreciación e integración de lo que los rodea.

El niño autista desea vivir en un mundo estático, en un mundo donde no se tolera ningún cambio. El statu quo debe ser mantenido a toda costa. Solo a veces el propio niño puede encargarse de modificar las combinaciones existentes. Pero nadie más puede hacerlo sin despertar en él ira y disgusto. Es sorprendente ver hasta qué punto llegan estos niños para asegurar la preservación de la invariabilidad. Una experiencia que alcanza al niño desde afuera debe ser reiterada en su totalidad, a menudo con todos sus detalles constituyentes, en completa identidad fotográfica y fonográfica. Ninguna parte de esta totalidad puede ser alterada en términos de forma, secuencia o espacio. El más mínimo cambio en el orden, a veces tan pequeño que difícilmente es percibido por los demás, puede despertar un violento estallido de ira.

Este comportamiento difiere de los rituales obsesivos comunes en un aspecto significativo: el niño autista obliga a las personas de su mundo a ser aún más obsesivas de lo que es él mismo. Mientras que él hace concesiones ocasionales, no concede este privilegio a los demás. Es un juez y un crítico tenaz e implacable. Cuando se observa un niño así durante algún tiempo, se vuelve evidente que, a menos que se encuentre completamente solo, muchas de sus actividades apuntan a un refuerzo, serio, solemne, sacerdotal del mantenimiento de la invariabilidad, de una absoluta identidad.

Es imposible, por supuesto, vivir al modo de Kaspar Hauser¹, sin la introducción de situaciones nuevas. Un niño es destetado, luego se le quita la mamadera, se introducen alimentos sólidos, se lo saca para su primer paseo, la familia debe trasladarse a otro lugar; aprende canciones nuevas y rimas infantiles, se le regalan juguetes nuevos.

Los informes de los padres de nuestros niños autistas indican, de hecho, cuán extremadamente difícil es "enseñarles" esas innovaciones o cualquier otra. Puede decirse, incluso, que estos niños aprenden a pesar de que se resisten a que se les enseñe. Varios niños seguían gateando en un momento en que los padres consideraban que ya podían caminar. Estos invirtieron mucho esfuerzo en apuntalarlos y animarlos a dar los primeros pasos. No hubo éxito. Pero un día, repentinamente, cuando menos se lo esperaba, los niños se pararon y caminaron. Los padres de Frederick W. pasaban horas todos los días "enseñándole" a hablar. Le rogaban que repitiera las palabras luego de que ellos las pronunciaban. Permaneció "mudo", salvo por dos palabras ("papi" y "Dora"), que jamás se le habían enseñado. Pero un día, a los 2 años y medio, habló y dijo: "mameluco", una palabra que decididamente no formaba parte del repertorio de enseñanza.

Pero una vez que se ha hecho una nueva adquisición o se ha incorporado una nueva situación a la rutina del niño, éste se aferra a ella con una tenacidad exasperante y vigila que su reproducción se cumpla de modo inalterado. Esto concierne tanto a lo que se le dijo como a lo que se hizo con él.

La madre de Joseph C. afirmaba: “Si [le] he leído una historia con cierta pronunciación, su papá tiene que hacerlo de la misma manera; de lo contrario, se enoja.”

Ya que el todo debe ser preservado en su integridad, los niños se perturban mucho al ver algo roto o incompleto. Ver un pasador roto en la puerta de un garaje ante la que pasaba en su caminata diaria molestó tanto a Charles N. que luego estuvo semanas enteras hablando y preguntando sobre ello, incluso cuando se fue de viaje o cuando pudo constatar que el pasador había sido reparado.

Entre los juguetes dispuestos para John F. había dos muñecos, uno con una gorra mientras que el otro la había perdido. En general, John prestaba poca atención a los muñecos. Cuando advirtió que faltaba la gorra de uno de ellos, inmediatamente preguntó por el “sombbrero”, tomó el muñeco y comenzó a correr de aquí para allá, pidiendo a gritos el sombrero. No se tranquilizó hasta que se recuperó la gorra. Se aseguró de que encajara, luego dejó el muñeco en el suelo y perdió todo interés en él.

Susan C. notó algunas rajaduras en el cielorraso y en las paredes del consultorio. Se quedó preguntando con ansiedad y de manera repetida quién había rajado el cielorraso, y ninguna respuesta lograba tranquilizarla. Evidentemente eso la perturbaba y, cada vez que estaba en el consultorio, seguía preguntando: “¿Quién rajó el cielorraso?”, “¿cómo se rompió?”. Anthony F. advirtió las mismas rajaduras y formuló casi literalmente las mismas preguntas que Susan. Tocó algunas de las rajaduras que estaban a su alcance y dijo, muy seriamente: “No sé si la pared está bien o mal”.

Al igual que las cosas, las personas también deben ser “totalidades”. Una cicatriz o una verruga despierta comentarios inmediatos. No hay simpatía ni consideración por la persona en cuanto tal. La actitud es más bien de fastidio, no con la persona, sino con el hecho en sí. En el tren, Susan C. se enojó y empezó a hablar obsesivamente sobre “ese hombre dormido con la boca abierta”. Cuando un taxista aclaró su garganta, empezó a preguntarle con insistencia: “¿Tiene flemas en su garganta?”. Una vez, en el consultorio, mientras ella estaba totalmente abstraída y parecía inaccesible, aclaré mi garganta. Instantáneamente, Susan levantó la vista y preguntó: “¿Qué fue eso?”.

Una vez que el niño agrupó de cierto modo cubos, cuentas y palitos, a menudo los vuelve a reunir exactamente de la misma manera, incluso si no había un patrón definido. En este sentido, la memoria de los niños es fenomenal. Tras un lapso de varios días, Donald T. y Susan C. podían ordenar un montón de cubos exactamente con el mismo patrón desorganizado, con el mismo color de cada cubo vuelto para arriba, con cada imagen o letra en la cara superior de cada bloque, orientado en la misma dirección que antes. La ausencia de un cubo o la presencia de uno de más eran advertidas de inmediato y daban lugar a una demanda imperiosa de que se restableciera el orden anterior. Si alguien sustraía un bloque, el niño luchaba para que fuera devuelto, golpeaba la mano que se apoderaba de aquel, y era presa de una crisis de pánico cada vez más intensa hasta que lo recuperaba. Entonces, rápidamente —y con la calma repentina que sucede a la tormenta— volvía al patrón de objetos y reubicaba el elemento faltante en el lugar correspondiente.

En el hogar, el orden de los muebles, la ubicación de la cama y de la silla para el bebé, la posición de los cubiertos sobre la mesa, no pueden ser alterados. La madre de Frederick W. informó lo siguiente: “Sobre uno de los estantes teníamos tres piezas ordenadas de cierta manera. Si se las cambiaba de lugar, él volvía una y otra vez a ordenarlas con el viejo patrón”. Herbert B. “quiere el mismo orden para la mesa, los mismos cubiertos; si nota algún cambio, se pone muy quisquilloso y llora”. Jay S. es muy puntilloso sobre dónde debe ir cada cosa, por ejemplo, un juego de té; se queja hasta que todo —tazas, lechera, platos, etc. — vuelve a “su” lugar. Joseph C. llega al punto de encargarse de que la cesta del carbón siempre esté en la misma posición”. El padre de Gary T. relataba:

Cada cosa debe estar en el lugar correcto. Insiste en que las puertas de los armarios permanezcan cerradas y en que las alfombras sean enderezadas. Se enoja mucho si se altera el orden en la mesa y se esfuerza por restablecer el patrón que él conoce. Tenía un cuadro de Sandman² sobre su cama que le gustaba mucho. Este fue trasladado a otra pared, pero él volvió a colgarlo en el lugar original. Hace poco reordenamos sus muebles y eso lo molestó. Le compramos una nueva cama, pero él se puso a buscar la vieja.

Gary vivió originalmente en Filadelfia, luego la familia se trasladó a Greenbelt, luego a Chicago y, de nuevo, a Greenbelt. A los 5 años y medio, 3 años después de que hubieran abandonado Filadelfia, todavía seguía diciendo con insistencia: “Volvamos a la vieja casa”, refiriéndose a la casa en Filadelfia, que podía describir en todos sus detalles. La silla de bebé de Richard F. tenía que estar “siempre en cierto lugar”. El padre de Susan T. decía: “Cuando nos vamos a sentar en una silla en la que se sienta habitualmente otro miembro de la familia, Susan grita”. Stephen N. “simplemente no puede tolerar que las cosas tengan una apariencia distinta a la habitual; por ejemplo, si mi vestido se desliza por encima de mi rodilla, él lo baja”. Joseph C. tenía una noción definida acerca de la posición de las partes del cuerpo humano. Mientras se lo evaluaba, advirtió que uno de los pies de la asistente estaba sobre una silla. Se disgustó y corrió hacia ella diciendo “Abajo, abajo”, tomó su pierna y la bajó. Cuando la asistente volvió a poner el pie en la silla, él repitió el procedimiento. También se enojaba cuando alguien cruzaba las piernas. Cuestionaba a quien pusiera las manos sobre la mesa o apoyara su mejilla en una mano. Exigía: “Abajo, abajo”, y si no se cumplía su deseo, se agitaba e intentaba por la fuerza que las extremidades de la persona volvieran a la posición que le parecía correcta. Los pies debían permanecer en el suelo, los brazos a los lados del tronco, no se toleraba ningún desvío. Me vio fumar un cigarrillo y no pareció notarlo mientras que el mismo estuvo en mi boca. Pero cuando lo sostuve entre los dedos, agarró mi mano apuntando a mi boca para indicar que el cigarrillo debía estar allí. Cuando no consiguió lo que quería, tomó el cigarrillo de mis manos con impaciencia, lo puso entre mis labios, bajó mis manos, y se volvió plácidamente hacia otras actividades.

A Anthony F. se le dio el tablero de las formas de Seguin y lo completó en 25 segundos. Pero se disgustó con la figura con forma de estrella. Mientras la ubicaba rápidamente en el espacio apropiado, dijo: “Estrella, eres mala”. La sacó, la golpeó con violencia y gritó: “¡Permanece arriba en el cielo!”. Luego volvió varias veces al tablero de formas y en cada ocasión se enojó con la “estrella” de madera que no

estaba arriba en el cielo. Se le presentó el Test de Healy de completamiento de la imagen. Tomó el reloj, eligió el lugar correcto para el mismo, lo puso con gran enojo y vehemencia, y dijo: “Tú, quédate ahí”. Luego tuvo algunas dificultades para encajar las otras figuras. Esto lo perturbó mucho. Al principio se “vengó” forzando las piezas para que encastrasen en cualquier parte y se rio inquieta y estruendosamente. Luego ya no lo soportó más; se incorporó de repente, salió del consultorio dando un portazo y dijo: “Creo que me voy”.

A Malcom H. le encantaba sentarse horas para hojear libros y revistas. Una vez vio una imagen en una enciclopedia y le preguntó a su madre de qué se trataba. Ésta le dijo que era el Taj Mahal de la India. Los días siguientes se la pasó buscando por toda la biblioteca otra imagen de “India” (el Taj Mahal). Finalmente encontró dos (una en un libro sobre la India y otra en uno de arquitectura) y lo reconoció, a pesar de que en la primera el mausoleo se veía mucho más pequeño y en la otra, desde un ángulo totalmente distinto. No obstante, le disgustaron mucho estas diferencias y se mostró cada vez más molesto, sobre todo cuando una nueva búsqueda de ilustraciones del monumento no arrojó ningún resultado. Finalmente, encontró alivio en el hecho de tomar la enciclopedia y mirar la imagen que había visto la primera vez.

La preservación de secuencias es tan importante para el niño como el mantenimiento de la apariencia de los objetos y personas y la conservación de las relaciones espaciales. Cuando se sale de paseo, Malcom H. “insiste en hacer siempre el mismo recorrido, oponiéndose tenazmente a cualquier cambio de ruta”. La madre de Stephen N. dijo: “Los cambios en las caminatas diarias solían enfurecerlo; ahora se lo puede convencer de tomar una ruta distinta, no sin dificultades”. El padre de Richard F. lo baña todas las noches: “Ellos cumplen con un ritual. Cuando yo [la madre] le doy un baño, Richard me empuja para mostrarme qué es lo que hay que hacer a continuación. Si su cama no está dispuesta correctamente, no se acuesta.” Cuando se enviaba a Elaine C. a buscar algún objeto específico, lo traía siempre y cuando lo solicitado estuviera en el lugar en el que ella sabía que usualmente estaba. Si no estaba allí, no lo traía, aun cuando estuviese muy cerca o fuera claramente visible. Si se antepone el horario del baño de Herbert B. en relación con el de la cena, se enojaba mucho pues usualmente se bañaba luego de cenar. El padre de John F. dijo:

La rutina diaria, el trayecto elegido en la caminata de cada día con su madre, la sucesión de eventos, deben ser repetidos de la misma manera. Cualquier cambio, aún el más pequeño, da lugar a un estado de malestar y enojo de su parte.

Donald T. no abandonaba su cama luego de la siesta hasta haber dicho “Boo, di: ‘Don, ¿quieres bajar de la cama?’” y que su madre (a quien llama Boo) cumpliera con el ritual de repetir tales palabras. Entonces Donald bajaba de la cama. Pero esto no era todo; el acto no era considerado completo. Donald continuaba: “Ahora di: ‘muy bien’”. Una vez más, la madre tenía que cumplir con lo requerido, de lo contrario habría un griterío hasta que la ejecución del ritual siguiera el curso prescrito.

El mismo Donald T., a los 9 años y medio, iba a la escuela desde que tenía 6 años; un directivo del establecimiento, amigo de su madre, había aceptado otorgarle la

admisión. Una tarde, las clases se suspendieron y nadie en la familia estaba enterado de ello. Donald fue a la escuela como todos los días. Aunque no había ningún niño en el aula, se sentó en su pupitre, sacó sus libros, escribió un poco y partió cuando sonó la campana. Evidentemente, él no podía tolerar una tarde “libre”, contraria a la rutina establecida. La parte tenía que encajar en el todo acostumbrado, independientemente de que el maestro y los compañeros de clase eligieran interrumpir la secuencia ordinaria de eventos.

En suma, puede decirse que los niños autistas muestran un tipo de obsesividad característica que los fuerza a reclamar imperiosamente un entorno estático, sin cambios. Toda modificación proveniente del exterior choca con perplejidad y gran malestar por parte del niño.

Los pacientes encuentran un reaseguro en la invariabilidad. Se trata de una seguridad muy frágil dado que los cambios del entorno son constantes; los niños se ven amenazados todo el tiempo e intentan protegerse de ello con tenacidad.

Notas de los traductores

¹Kaspar Hauser, llamado *el huérfano de Europa*, fue un joven de origen alemán que vivió a principios del siglo XIX. Se lo conoció por su carácter de niño salvaje pues creció en cautiverio, completamente aislado.

²*Sandman* —“arenero”—, es un personaje de la cultura anglosajona que cada noche visita a los durmientes para esparcirles arena mágica en los ojos y así brindarles sueños felices.

Referencias

- Kanner, L. (1943). Autistic disturbances of affective contact. *Nervous Child*, 2, 217-250.
- Kanner L. (1944). Early infantile autism. *The Journal of Pediatrics*, 25, 211-217. [HTTPS://DOI.ORG/10.1016/S0022-3476\(44\)80156-1](https://doi.org/10.1016/S0022-3476(44)80156-1)
- Kanner, L. (1949). Problems of nosology and psychodynamics in early infantile autism. *American Journal of Orthopsychiatry*, 19(3), 416-426. [HTTPS://DOI.ORG/10.1111/J.1939-0025.1949.TB05441.X](https://doi.org/10.1111/J.1939-0025.1949.TB05441.X)